

853
A.

PQ4683
A3
P38
1884



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es PROPIEDAD — 1884 —
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



HEROISMO

I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTECARMEL, MONTECARMEL



ACE pocas tardes me decía un amigo, señalando desde la ventana de su casa que dá sobre cierta pequeña plaza, á un terradillo en el piso cuarto de la de enfrente:—mira, ¿ves aquel hombre?—Miré y ví, con efecto, un hombre sentado con un brazo extendido sobre la barandilla; pero no distinguía su fisonomía.

—Ese hombre—continuó mi amigo—me es antipático hasta el punto de que me viene muchas veces la idea de cambiar de casa, sólo por tener el consuelo de no verlo más. Me preguntarás por qué y te diré que no le he hablado nunca, que jamás oí su voz, no sé quien es, ignoro qué hace, desconozco su cara, por-

81018

81088

que mi vista no alcanza hasta allí, ni aún con gemelos. Pues bien, no obstante, ese hombre me es antipático porque todas las tardes á esta hora, infaliblemente, se levanta de la mesa, y vá á sentarse en aquel lado; todas las tardes, con el mismísimo movimiento de autómeta, pone una pierna sobre otra, extiende un brazo sobre la barandilla, y no se ha dado caso de que mueva jamás primero la pierna que el brazo, ¡Dios nos libre! Primero el brazo y despues la pierna. Ya es un hombre sospechoso por esto ¿me lo concedes? Pero es lo de ménos. Todas las tardes, una señora que parece su mujer, ántes que él se levante, vá á poner la silla en su sitio, le lleva la pipa, se la enciende, se la dá, y todas las tardes, él se deja servir derecho y orgulloso como un sultan, sin hacer lo más mínimo por evitarlo, sin dar tampoco á entender que repara en ser servido. Después... á cada instante necesita algo y la señora se levanta, corre; vuelve con una bebida ú otra cosa cualquiera, él toma, bebe, y se limpia el bigote, con un gusto de sibarita egoista, sin darse siquiera la molestia de devolverle la copa. Luego... vienen amigos á visitarlo y no hace jamás, ni el ademan de levantarse, y eso que en ocasiones se pasea por el terradillo erguido y ágil como cualquiera de nosotros. Nunca mira abajo, ni arriba ni á los lados; no saluda: en suma, parece hecho y colocado allí, para que el mundo gire á su alrededor: hace de ídolo; ha nacido para dejarse mirar y servir, ¿te ries? ¡para mí, son cosas que despiertan hasta el ódio!; soy así.

otro no repararia en esto; yo me consumo. Creo que conozco toda la historia como te conozco á tí. ¿Quieres saber quien es?, no lo sé pero te lo diré como si lo supiese. Aquel hombre—y diciendo así, señalaba con el dedo mirándolo fijamente como para sacarle de los ojos el secreto—es un tendero farsante, que comienza á acumular ochavos y empieza ya á sacar partido de su riqueza y desahogada posicion; se ha casado con esa señora para ahorrarse la paga de un mozo de la tienda y de una criada en la casa y la trata algo peor que á una doméstica y no mucho mejor que á un dependiente; es avaro, excepto para satisfacer sus golosinas; podria estar en el piso tercero y está en el cuarto por economía, aunque no tiene hijos ni desea tenerlos; desprecia á todo el que carece de una tienda; llama ladrones á los ministros, animal á todo el que estudia y andrajoso á todo el que posee ménos dinero que él... ¿Te ries? ¡Tú no sabes que la antipatía divina? Yo sería feliz si se presentase la ocasion de hacerle una grosería: me es odioso; seré un visionario, un malvado, lo que quieras; pero cuando el corazon me dice:—Ese es un danzante, acierto de fijo, y necesito decirlo y desahogarme.

Es menester conocer á este jovenzuelo de veinte años, bueno, inquieto y colérico y estar acostumbrado á su caprichosa furia contra el fantasma que él mismo se forja, para creer que habia dicho de un aliento y sin reir aquel cúmulo de frases disparatadas.

Yo miraba entretanto al supuesto tendero y á la señora sentada delante de él en un banquillo, con los brazos cruzados sobre las rodillas, en actitud contemplativa; y como tengo mejor vista que mi amigo, me pareció descubrir que el hombre rayaría en los cuarenta años, y la mujer poco más, aunque ni del uno ni de la otra podía distinguir las facciones.

Le hice que me diera los gemelos de teatro, y los dirigí hacia la señora. Al principio me bailó delante un rostro confuso; despues se fijó, y lo ví distintamente. Era en realidad una cara de mujer resignada á la vida de sacrificio: tenía el cabello grís, la frente arrugada, los ojos grandes y melancólicos; un no sé qué de patético y de recogido, que revelaba inveterada costumbre de sufrir.

En esto mi amigo había adivinado—me dije—y volví los gemelos hácia el hombre. En aquel momento se volvió y me presentó todo el semblante.—¡Qué veo!—exclamé para mí—¿Pero es posible?—y volví á mirar.

—¡Es él! ¡No hay duda! ¡Es aquella cara vista cien veces en el retrato!—Y entónces me vino á la memoria un hecho há largo tiempo olvidado y casi en el mismo punto el principio y el fin de la historia que el lector encontrará más adelante.

El amigo me preguntó:

—Y bien: ¿tiene ó no cara de farsante, de bribon, de orgulloso?—Yo no podia ya sonreír como al principio: le respondí que en efecto no era un hombre

simpático; que me parecía haberlo visto otra vez; que queria quitarme la curiosidad por saber quién era; y que iria á averiguar noticias de él. Al día siguiente, en efecto, fuí derecho á hacerle una visita con el pretexto de saber claramente el hecho que á él concernia, porque, como he dicho, me punzaba la idea de describirlo.

Acostumbrado á recibir tales visitas, me acogió cortesmente, me contó algunas cosas con grande indiferencia, como si hablase de otro; me habló de la mujer (no su mujer) que estaba con él; de las costumbres de su vida.

—Estamos juntos hace diez años—dijo concluyendo;—tengo paciencia, ella tambien, y se vive... como Dios quiere. Mis dos grandes consuelos son la estimacion de las gentes, y el sacrificio de esta pobre desgraciada.

Fuí á casa y escribí toda la noche y durante la mañana siguiente, y al otro dia llevé al amigo el manuscrito.

*
* *

Era la hora en que el *tendero* estaba tomando el fresco en el terradillo. Despues de charlar un poco, vinimos á hablar de su antipatía.

—Amigo—le dije,—te has engañado.

—¡Imposible!—respondió él con su vivacidad acostumbrada.

—Dejémonos de chanzas—repliqué:—te ruego que leas estas páginas; es una narracion histórica, que he escrito en estos días: el personaje principal es *tu tintero* antipático; te doy mi palabra de que, salvo el artificio necesario de la exposicion, no he alterado en una sílaba la verdad.

El amigo agarró las hojas y empezó á leer.

Despues de un poco, alzó los ojos, miró al hombre del terradillo, despues á mí, y continuó la lectura. A medida que iba adelantando, nos miraba más á menudo á mí y al hombre, al hombre y á mí, y se ponía cada vez más sério. Al llegar al último renglon, lanzó un grito de sorpresa, se puso de pié, me apretó una mano, y dijo con voz conmovida:

—¿Me empeñas tu palabra de honor, de que eso es verdad?

—Te la doy.

—¿Y de que ese es él?—preguntó todavía.

—De que es él—repetí.—Sin decir más tomó el sombrero y huyó con paso agitado.

Me asomé á la ventana y lo ví atravesar la plaza y traspasar la puerta de la casa de enfrente. Despues de algunos minutos, noté que el hombre del terradillo habia desaparecido. De allí á poco reapareció, y un momento despues mi amigo volvió á atravesar la plaza.

—¡Te conozco!—dije para mí, corriendo á abrir la puerta; ¡sé lo que has ido á hacer!—El amigo compareció en el dintel.

—Tú—continué en voz alta—has ido á besar la frente de ese hombre!

Me miró, sonrióse, y despues, echándome los brazos al cuello, me respondió con un grito de alegría:

—No, porque soy indigno de eso: he ido á besarle la mano.

II

Era el verano de 1861, cuando la fama de las partidas de bandoleros llenaba Europa; aquellos días memorables en que Pietropaolo llevaba en el bolsillo la barba de un *liberal* con la perilla á lo Napoleón; cuando en Montemiletto se enterraban vivos bajo un montón de cadáveres, los que gritaron ¡Viva Italia!; cuando en Viesti se comían la carne de los aldeanos, reacios á las órdenes de sus despojadores; cuando el coronel Negri, cerca de Pontelandolfo, veía colgar en la ventana, á manera de trofeo, sangrientos miembros de soldados; cuando el pobre subteniente Bacci, herido y prisionero de combate, era asesinado después de ocho horas de horribles torturas; cuando turbas de desenfrenada plebe salían de noche de los pueblos con las antorchas en la mano, para recibir en triunfo á las partidas; cuando se incendiaban las mie-

ses, se derribaban casas, se secuestraban familias, se ahorcaba, se desollaba, se descuartizaba, y para mantener viva y acrecentar aquella miserable carnicería ¡venían de la orilla derecha del Tíber armas, dinero y bendiciones!...

Uno de los últimos días de Julio, poco después de salir el sol, por un valle desierto de la provincia de Capitanata, iba hácia San Severo un guardia civil de á caballo (1), el cual había partido por la noche de aquella ciudad, para entregar al comandante de una *columna móvil* cierta orden del coronel. Llevaba bajo la botonadura del uniforme la contestación á aquella orden, en la cual, el comandante decía que se presentaría á las ocho de la mañana en la oculta hondonada del vecino monte, donde sabía que acostumbraba á aparecer la partida de bandoleros que desde hacia algún tiempo infestaba la comarca. El portador de la carta era hombre de unos treinta años, alto, enjuto, con dos ojillos brillantes, bigote atusado y una arruga recta y profunda en medio del entrecejo, que revelaba la costumbre de reflexionar; su fisonomía respiraba prematura gravedad, á la cual daba casi reflejo de tristeza el gran tricornio; su severa actitud y sus movimientos francos, atestiguaban el vigor de ánimo apropiado á las circunstancias del tiempo y del lugar. Marchaba al trote por un sendero serpenteante, vol-

(1) Los *Carabineros Reales* en Italia, vienen á ser lo que muestra Guardia civil.

viendo la cabeza ora aquí, ora allí, para mirar los pastos abandonados, el monte de piedra viva, el cielo limpidísimo y sin escuchar otro ruido que el paso de su caballo y el chocar de su sable en la vaina.

Después de un rato, al pasar entre dos malezas altas y espesas vió un fogonazo y oyó un tiro. Mientras vuelve el caballo y aferra la pistola, el bruto vacila; en el momento en que baja la cabeza para ver si está herido, se siente cojer por detrás; y en el instante de volverse un hombre sale fuera del césped de donde habia partido el tiro y le salta encima; detrás de él, como sombra, un tercero; no habia tiempo de disparar, ni de echar pie á tierra, ni de ponerse en guardia: lo desmontaron y derribaron al suelo; trató de defenderse, se retorció, pegó, mordió; pero no pudo levantarse: debilitado y rendido de la lucha, se dejó desarmar. En la violencia que hizo al revolverse, envuelto en una nube de polvo habia podido, con un movimiento rápido, meterse la carta, de que era portador, en la boca, sin que lo advirtiesen sus agresores. Le ataron las manos atrás, lo pusieron de pié, le echaron al cuello, con prisa y violencia, el sable y el capote arrollado y la balija de la silla: arrastraron el caballo detrás de las malezas y después, á paso lijero, atravesaron el campo empujándolo, maltratándolo y abrumándolo con una gritería infernal de blasfemias, amenazas, golpes y carcajadas.

*
* *

Después de una travesía de media hora, estando ya bastante lejos del camino trillado para no temer ser sorprendidos, acortaron el paso. Habian llegado á la falda de un monte, en medio de árboles, en un sitio donde no se veían casas, ni cabañas, ni señal alguna de vivienda.

El guardia civil, encorvado bajo el peso de su armamento, no daba señales ni de terror, ni de ira; su rostro, pálido, pero no alterado, mostraba el conocimiento de la suerte que le esperaba y el corazón preparado á recibirla. No ignoraba que caer en manos de los bandidos en aquellos dias de feroces represalias, costaba la vida; por esto habia ya en él, algo de la calma solemne de la muerte; y quien no lo hubiese sabido, sólo al mirarle á los ojos, habria dicho:—Ese hombre vá á morir.

El bandido que iba delante se volvia de vez en cuando á echarle una mirada con curiosidad y desconfianza. El que caminaba al lado y que parecia capitán de la partida, miraba tambien, unas veces al prisionero, otras á los compañeros, y cambiaba con éstos sonrisas de triunfo.

—Toma,—dijo después de un rato, colgando su fusil del cuello del guardia civil—llévamelo.

—Lleva también el mío,—añadió el que iba detrás, haciendo lo mismo.

—¿Y tú?...—Preguntó el capitán, volviéndose hacia el tercer bandido que venía detrás y que parecía el más joven.

—¿Yo?—respondió este;—yo prefiero llevarlo...

—¡Estúpido!—gruñó el otro lanzándole una mirada despreciativa; después se volvió al guardia civil y le dijo:

—¡Amigo!—dándole con una mano en la espalda:—¡ahora dirás á dónde ibas!

El guardia civil, no respondió.

—¡Hola, hola!—exclamó el bandido, inclinándose á recoger una varita.—¿No has entendido?—y le dió un palo en la mano.

El guardia civil echó adelante sin responder.

—Hablarás, pobrecito,—replicó el bandido agitando de prisa la vara—todos empiezan como tú, y tú acabarás como los otros. Eres de carne y hueso tú también; cuando sientas el aguijón gritarás también tú: ¡descuida!

Diciendo esto, le dió un empujón, para hacerle enfilar el sendero á orillas de un arroyo; anduvieron en línea recta por algún espacio, pasaron después un puentecillo, giraron alrededor de un cerro y empezaron á subir por estrecha senda á un monte abrupto y pedregoso.

El guardia civil oprimido el cuello por las correas de los fusiles, embarazado por llevar las manos atadas, sofocado por el uniforme, chorreando sudor, empezaba á perder el equilibrio, tropezaba en las piedras, caía de rodillas y se levantaba con fatiga, para volver á caer; y los bandidos le pegaban, lo maltrataban, le daban patadas, lo ultrajaban, aullando.

—¡Arriba, cobardel! Vosotros cuando nos cojeis nos atais á la cola de vuestros caballos. ¡A cada cual le llega su San Martín!

*
*
*

Arriba, en medio del flanco del monte, se les esperaba. En un sitio donde las rocas eran más ricasas, con hendiduras y precipicios cortados á bisel, con ligerísimos asomos de césped y algunos áridos arbustos; bajo una roca hueca y encorvada á manera de bóveda, se extendía breve pedazo de terreno llano, cercado alrededor por piedras, parte desmoronadas de lo alto, parte—las más pequeñas,—empujadas á fuerza de brazos entre las primeras, de tal manera que formaban una especie de baluarte. La roca servía de techo y de pared á una cabaña de madera que ocupaba la cuarta parte del espacio cercado. En la

fachada interna de las piedras habian sido cavados nichos para encerrar vestidos, y escalones, desde lo alto de los cuales, se veía todo el declive abajo. Se entraba allí por una abertura poco más ancha de un hombre. Fuera no aparecía indicio de lugar habitado; dentro semejaba á la vez cueva, reducto ó cuerpo de guardia. En los nichos se veían vasos, tazas de lata, cazuelas, pan, cuchillos, trajes; de las puntas salientes de las piedras pendian sacos y frascos; en un ángulo habia un monton de ceniza y de tizonas, y la roca por encima ahumada. Mirando hácia arriba, por delante y detrás, y al lado no se distinguía sino piedras, profundas grietas y masas enormes casi suspendidas en el airé, con algun que otro árbol como copete de yerba.

Debajo, el flanco abierto del monte: más allá, llanura, y léjos, otros montes.

Un hombre de pie sobre el último peldaño de una escalerilla, con los codos apoyados sobre la fábrica y la cara escondida detrás de dos piedras, tras de las cuales miraba como á través de una tronera, estaba esperando la partida. Cuando descubrió al guardia civil, pegó con las manos, en señal de alegría, sobre una de las dos piedras, y se puso á seguir con el ojo atento todos sus pasos acompañando cada golpe que veía darle con un gesto y una blasfemia, como para aumentar la fuerza al que pegaba y el dolor al castigado.

Cuando estuvieron á pocos pasos de él bajó y fué á esperar á la puerta. Llegaron.

El guardia civil, echado dentro de un empellon, cayó en medio del cercado; entraron con furia los otros, jadeando, dando resoplidos, tirando aquí y allí bolsas, sombreros, armas; se sentaron alrededor, sobre las piedras y estuvieron un poco de tiempo silenciosos, para tomar aliento y enjugarse el sudor.

—¡Aquí hay uno!—exclamó el capitán volviéndose hácia el compañero que habia salido á recibirlos.

—¡Sano y salvo!—respondió éste. Despues echó una ojeada al prisionero, y viendo que tenia espuelas, preguntó al jefe:

—¿Y el caballo?

—¡No me hables!—respondió el jefe despedido—era menester hacer pedazos esta maldita carabina; he herido al animal en vez de herir al hombre. Y le hizo en pocas palabras la narracion de lo ocurrido.

—No importa—contestó el otro—ha sido un golpe maestro.

Se acercó al guardia civil, le ayudó á levantarse, y despues de haberle mirado la cara con aire de estúpida curiosidad, le quitó de encima el fusil, el capote y el sable; despues el sombrero, lo remiró por encima y por debajo, sonrió y lo arrojó contra una piedra. El guardia civil, abatido, se apoyó á un lado y empezó á mirar á los bandidos con la mirada lenta y grave del enfermo cuyo pensamiento se alarga más allá de la vida.

Los bandidos se pusieron á registrar en su balija.